

LA GRAMÁTICA FRANCESA

ADAM ZAGAJEWSKI

“El entusiasmo lo es todo”
William Blake

Los Cahiers de Cioran

A mediados de la década de los años noventa parecía que ya todo estaba dicho sobre Emile Cioran, que todo se conocía sobre él, incluida su biografía. Pero en el otoño de 1997 apareció en las librerías de París un tomo muy grueso con los apuntes del escritor, titulado *Cahiers*, (*Cuadernos*). Hace un año, ese mismo tomo, traducido por Ireneusz Kania, llegó a las manos del lector polaco.

Cuadernos—opus magnum, de Cioran, fue publicado en contra de la voluntad del autor, que planeaba destruir sus libretas de apuntes (pero no lo hizo). ¿De verdad se trata de una obra magna? Mil páginas escritas por un emigrante rumano con una prosa espléndida: sus apuntes de los años 1957–1972, caprichosos, punzantes, desesperadamente tristes e, incluso, extáticos, cuando el autor, al escribir, escuchaba la música de Bach... Se trata de apuntes que solamente nacían como producto del insomnio o de la irritación, al día siguiente de largas caminatas por senderos llenos de barro, bajo la llovizna del otoño o después de haber cenado con intelectuales parisinos, entrada la noche o de madrugada. ¿Será nuestra nueva Biblia particular? ¿Nuestro nuevo punto de referencia? ¿O será solamente un libro más del que diremos únicamente que está muy bien escrito? En realidad, sí de verdad definiésemos así el libro, esa valoración no sería otra cosa que el reflejo natural de la ambivalencia fun-

damental del género literario al que pertenece: el diario intelectual.

Un diario así se puede tratar con absoluta seriedad y polemizar con sus tesis, con una seriedad tan grande que puede cambiar nuestra vida; pero también se puede hojear para “pasar un buen rato”, como una diversión, sencillamente, para satisfacer la curiosidad, buscando solo los aforismos más brillantes, haciendo un repaso de sus páginas antes de conciliar el sueño o por la mañana, en búsqueda de algún epígrafe seductor, útil para un esbozo o un poema. Y casi siempre el libro de Cioran nos sorprende con algo nuevo. Podremos sentirnos embelesados o molestos, pero nunca o casi nunca aburridos. Volveremos una y otra vez al libro, porque nunca tendremos la seguridad de haber captado de verdad sus mensajes más importantes, incluso después de haber escrito un esbozo sobre él.

Y es que, a propósito del diario de Cioran, se puede citar un fragmento de la perspicaz carta de Jerzy Stempowski a Boleslaw Micinski del 5 de septiembre de 1941:

“Observo ahora un fenómeno muy singular, una especie de descomposición del acto tan cantado por los pragmáticos, los partidarios de Bergson y Sorel durante los últimos cuarenta años. Vi aquí últimamente el *journal intime* de un joven italiano caído en Libia en el que se describe de manera detallada el retorno a la negativa a actuar, a Pirrón, a la *ataraxia* griega. Ese parece ser, en el continente del mayor descubrimiento moral de nuestra generación, algo que alcanza una extensión tan grande como la que tuvo en sus tiempos el dominio militar de los emperadores romanos”.

La experiencia rumana de la Guardia de Hierro

Hablando con precisión, las observaciones del autor del *Ensayo para Casandra*, Stempowski que escribió mucho después un ensayo encomiástico sobre Cioran *Rubis d' Orient*, formuladas de paso en la carta dedicada a otro tema, la olvidada comedia de Alfred de Musset *Barberin*, son un diagnóstico muy acertado de la filosofía del escritor de origen rumano quien, efectivamente, antes de la guerra compartió durante un breve tiempo la idea de las gestas ardientes; y no de cualquier tipo, sino de aquellas que tenían sus raíces en la abominable ideología de la Guardia de Hierro. Pero desde los comienzos de los años cuarenta Cioran se convirtió en partidario de la indolencia inteligente y en un crítico intransigente de toda manifestación del activismo, desde el bolchevismo hasta la democracia, desde la poesía hasta la crítica literaria. Y hay que decir que la fecha que figura en el encabezamiento de la carta de Stempowski, septiembre de 1941, no es casual: los horrores de la guerra modificaban la perspectiva del pensamiento de más de un partidario de la actividad, de más de un ensalzador de la afirmación de la vida. Y probablemente fue en aquellos meses y años en los que se produjeron evoluciones intelectuales aceleradas, una revisión febril de las ideas poseídas. El recuerdo de las desafortunadas experiencias rumanas aparece con frecuencia en *Cuadernos*, como una nota sombría, e introduce otro elemento más de ambivalencia junto al clásico doble sentido típico para cada

diario (el desgarramiento existente entre la reflexión filosófica y la materia existencial registrada *in crudo*). Esa segunda ambivalencia se relaciona con una herida que jamás cicatrizó; es decir, empleando una desagradable fórmula abreviada, con la herida de la Guardia de Hierro. No cabe la menor duda de que, en la mente del autor, aquel episodio de antes de la guerra nunca se borró, jamás se diluyó.

Cioran vivió con el sentimiento del fracaso. Pensaba que toda su generación, la generación de los intelectuales rumanos, había sufrido una gran derrota. Es evidente —y basta leer *Cuadernos* con atención— que los acontecimientos de antes del estallido de la gran guerra le atormentaban con frecuencia. Era consciente —y el lector también lo entiende después de conocerlo algo— de que numerosos elementos de su escepticismo de después de la guerra tenían sus orígenes en las reacciones ante su propia actitud de antes de la contienda. He aquí lo que él personalmente dijo al respecto:

“¿Qué es lo que tengo que agradecer a la Guardia de Hierro? Las consecuencias de aquella exaltación juvenil son para mí tan grandes que posteriormente me resultó imposible actuar como defensor de cualquier causa, incluso la más inofensiva, la más noble o Dios sabe cual. Está bien que nos haya tocado pagar por las locuras de la juventud. Gracias a ello luego nos ahorramos más de una desilusión”.

“Está bien”, dice el autor de *Cuadernos*, pero no queremos creerle. Y es que en ese asunto no puede ser sincero. Lo único que intenta es endulzar los amargos recuerdos con una cucharada de azúcar. Porque el



Emile Cioran

hecho de que le fuera imposible actuar “como defensor de cualquier causa” suena a algo parecido a una maldición. Con toda seguridad no es una bendición. Y lo que es más importante, el constante chantaje de la juventud frente a la madurez parece ser una contradicción absoluta de la libertad interior.

La cultura alemana

La suerte de Cioran, su profunda transformación interna, es algo sorprendente. No solamente vivió la metamorfosis a la que hace referencia Stempowski, del elogio de la gesta a la apoteosis de la ataraxia (y hay que decir que tuvo a compañeros de viaje muy numerosos y, con frecuencia, muy destacados que avanzaban por el mismo sendero, por ejemplo Martín Heidegger, Gottfried Benn y Ernest Jünger, André Malraux y, en el mundo anglosajón, W. H. Auden, para no nombrar ya a Mircea Eliade y a muchos otros pensadores y escritores europeos) sino que

también transformó, por así decirlo, todo el continente filosófico que le servía de orientación en la juventud. Y es que, en la juventud, fue un gran admirador del pensamiento alemán. Vivió bastante tiempo en Alemania y no descartaba la posibilidad de escribir y publicar sus trabajos en esa lengua (como lo hacía otro intelectual rumano, fallecido cuando era aún muy joven, Valeriu Marcu, un extraordinario ensayista de la temática histórica, discípulo de Carl Schmitt, autor, entre otras cosas, de un libro sobre la expulsión de los judíos de España). Cioran era miembro de esa numerosa tribu de admiradores y discípulos de Federico Nietzsche, llegados a ella con una generación de retraso, indispuestos con el cristianismo, buscadores de otras ideas inflamables. Cuando se reorientó hacia la pasividad mística, mística pero en su versión muy chistosa, también sustituyó a los maestros alemanes con otros france-

ses. No conozco tan bien la vida de Cioran como para poder definir con exactitud cuándo sucedieron esos cambios y cuánto tiempo requirieron. Lo que es seguro es que los cambios no se produjeron de un día para otro ni de una semana para otra. Lo que sí es seguro es que, después de la guerra, Cioran ya presentaba otra mentalidad que buscaba otras cosas. Cioran se encontró en Francia ya antes del estallido de la guerra: hasta sus últimos días recordó con añoranza —un sentimiento rara vez presente en sus obras— sus excursiones en bicicleta, hechas sin prisa, por el interior de Francia. También entonces adoptó la decisión de escribir en francés. Eso significaba que estaba dispuesto a realizar un gran esfuerzo para dominar la lengua a la perfección, porque antes dominaba mejor el alemán y sus primeros trabajos los escribió en rumano. La gramática francesa se convirtió entonces en una de sus lecturas más frecuentes (Jerzy

Stempowski recomendaba la Gramática Latina). Y de Nietzsche posteriormente solía decir:

“Con el correr del tiempo me convenzo cada vez más que estoy en el extremo opuesto del pensamiento de Nietzsche. Cada vez me gustan menos los pensadores locos. Prefiero a los sabios y a los escépticos no inspirados *par excellence* a los que ningún dolor los excita ni los indigna. Me gustan los pensadores que se parecen a los volcanes apagados”.

¡Cambió a los pensadores alemanes por los franceses! Pero eso es muy fácil decir *en passant*, como si se tratase de una menuencia, como si se tratase de la substitución de un programa para ordenadores antiguo por otro más moderno, de cambiar de deporte o de mudarse de una calle a otra. Sin embargo, todo aquel que entiende algo de la topografía del pensamiento europeo sabrá cuán grande es el salto que dio Cioran: un salto dado sobre el Rhin, sobre el abismo que separa dos concepciones tan distintas de la cultura y de la literatura que durante mucho tiempo definieron actitudes y expectativas totalmente diferentes. Basta con echar mano a la *Confesión de un hombre apolítico* de Tomás Mann o a la *Montaña Mágica*, para recordar aquellos debates en los que los alemanes manifestaban su convicción de que la *cultura* de verdad estaba de su parte —en su corazón estaban la música, la metafísica y las tinieblas— mientras que a los franceses (y a los británicos) solo les atribuían la *civilización*, algo racional, universal y pragmático, como el sistema de señalización de las calles, algo que se puede apren-

der con gran facilidad y que puede ser útil durante el día pero no sirve por la noche, ni en las pruebas a las que somete el luto. Descartes era el símbolo supremo y a la vez muy cuestionado de esa tradición alemana. Los franceses, mientras tanto, rechazaban, por lo regular, las profundidades sombrías alemanas y se enorgullecían de las formas y la claridad de su literatura: la célebre en sus tiempos *clarté*, porque hoy todo eso ya pertenece al pasado. Los alemanes ya son más franceses (o anglosajones) y los franceses más alemanes (y no necesitaron a la Unión Europea para conseguirlo). Pero en el momento en que se producía la transformación de Cioran esas antiguas diferencias todavía seguían vivas.

Y Cioran empezó a leer, estudiar, citar y admirar el elegante escepticismo francés. Transcurrido un cierto tiempo se inscribió también en la larga lista de los moralistas franceses, quizás como uno de sus últimos representantes. Escribió sobre ellos y trató de escribir como ellos. Estudió a los representantes más grandes y también algo menores de esa tradición, empezando por Montaigne y Pascal. También leyó infinidad de memorias francesas buscando en todas partes la sal de Ática y el *esprit* francés. Le apasionaron los salones parisinos del siglo XVIII que elevaron el arte de la conversación a niveles pocas veces accesibles para los representantes de naciones más lacónicas. El propio Cioran se convirtió en admirado maestro francés del estilo, el más grande de nuestros tiempos, como lo consideraban en París, seguramente, con razón. También dijo: “La tragedia de Alemania es que nunca tuvo a Montaigne. ¡Qué suerte tuvo Francia que pudo *empezar* por un escéptico!”.

¡Eso lo dijo un desertor de la cultura alemana! Elogia lo que antes rechazaba. Ese es un drama (y, quién sabe, probablemente también un privilegio perverso) del representante de una nación joven que, al no te-

ner a su disposición una tradición propia suficientemente fuerte y firme, sabe escoger entre las energías y los estados de ánimo de otros pueblos e idiomas, como una especie de cliente caprichoso de un restaurante que repasa una y otra vez las páginas del menú. Ciorán leyó hasta el fin el menú alemán y decidió instalarse en la tradición francesa. Desde Schelling hasta Montaigne; del capítulo Energía se mudó al capítulo Escepticismo y Elegancia; el culto a la inspiración lo cambió por el elogio *mot juste* y las insinuaciones; la admiración por los tratados metafísicos serios, por el interés por la forma propia para los aforismos (aunque en ese tema también tuvo el ejemplo de Nietzsche).

La cultura francesa

Alguien con inclinaciones maquiavélicas y militaristas podría decir que todo era obvio: el escritor rumano cambió su forma de pensar e incluso su temperamento intelectual porque la Alemania hitleriana, el país por el que apostó, perdió la guerra. Cioran, en algún lugar de los *Cuadernos*, recuerda cómo, sentado con varios amigos en un banco del Jardín de Luxemburgo, en vísperas de la liberación de París por los norteamericanos, dijo: “Hoy todos somos unos fracasados. Había que inventar algo, había que entrar por alguna rendija en el bando de los vencedores. Ese es un diagnóstico que se impone y que es muy tentador. Yo no compartiría su fácil cinismo. Pero alguien con un pensamiento más político que el mío probablemente no estaría en condiciones de resistirse a la tentación”.

Tenemos, pues, en los *Cuadernos*, pero también en otras publicaciones de Cioran, a un autor que declara su predilección por las tradiciones del elegante escepticismo francés. Pero las cosas no son tan simples como parecen. Los *Cuadernos* son un libro cuyo valor singular dimana también del hecho de

que contienen una gran pena por lo que el autor rechazó. Se trata de un libro que arrastra detrás de sí el pasado del autor, como la red llena de peces; y como consecuencia es una prueba de que no es tan fácil mudarse de una tradición a otra, que mucho es más fácil hojear el menú de un restaurante elegante que las páginas de las grandes culturas. La capa arqueológica de los *Cuadernos* es absolutamente fascinante. Está integrada por la poesía alemana, por los místicos alemanes —el maestro Eckhart, por ejemplo— pero también por la música alemana y Juan Sebastián Bach, el más grande de todos los gigantes. A Cioran —según oímos— le gustaban los pensadores “parecidos a los volcanes apagados”. Él mismo aparentaba ser un volcán apagado y elogiaba las enfermedades y el insomnio; pero una vez tras otra volvía en él la nostalgia por los volcanes activos, por las cumbres cubiertas con penachos de fuego y de humo. Para Cioran era aún demasiado pronto para acogerse a la jubilación. Y tampoco le iba esa disciplina olímpica que es la marcha (sus amigos rumanos sabían muy bien que tenía un carácter explosivo).

Cioran, y probablemente ese no fue un acto determinado plenamente por la conciencia, tiende en los *Cuadernos* un puente colgante —que recuerda las pasarelas de los valles del Himalaya— entre las líneas de dos tradiciones: en la superficie del texto, en la esfera de las declaraciones y del estilo, del gusto y del pensamiento, de las lecturas principales que le interesan, se nos presenta como francés; un digno heredero de Montaigne, nieto y tataranieto de los moralistas franceses, pero debajo de esa capa una y otra vez encontramos la fascinante presencia de huellas muy importantes de la cultura que oficialmente rechazó: en la profundidad del texto Cioran sigue siendo un “alemán”, en el sentido que da a esa acepción el giro “das geheime Deutschland” de Stefan

George, es decir, “la Alemania secreta”, poética y metafísica (sospechosa desde el punto de vista político). Cioran ama la música como la aman solamente los alemanes (o, mejor dicho, como la amaban en el pasado) y lee a los místicos del Rin y a los autores recién iniciados con la mayor atención. Esa capa más profunda de los *Cuadernos* no está hecha solamente de las penas y el luto por la “exaltación juvenil”, eufemismo que el escritor emplea para definir su coqueteo con el fascismo que paralizó sus posteriores actos de elección en las esferas de la filosofía y la política, sino también de la pena por la tradición alemana “oficialmente” rechazada y del luto provocado por el desarrollo de su propia evolución. Consideramos, por lo regular que nosotros, gente de pequeña fe, escrupulosos *bourgeois*, que no se puede tener dos cosas a la vez: el pastel y el dinero que cuesta el pastel. Pues bien, Cioran lo consiguió. En su diario, más que en los libros publicados, todos esmeradamente pulidos, aparecidos durante su vida, consigue tener las dos cosas, “Francia” y “Alemania”: el seco escepticismo de los pensadores aristocráticos, el sentido del humor rígido de La Rochefoucauld, pero también la “húmeda” e intensa pasión “alemana” plasmada en llamadas nostálgicas o saturadas de la negación, en breves explosiones de éxtasis. Pero lo que no se puede decir es que, apelando a esas dos tradiciones contradictorias, captó plenamente su “totalidad”, esa totalidad mística soñada, porque hay demasiados gestos neurasténicos en la labor del autor de los *Cuadernos* para concederle ese trofeo real (¿Hay acaso alguien que haya conseguido captar esa totalidad?).

Sea dicho de paso, la melancolía y el pesimismo de La Rochefoucauld —nos lo recuerda Wolf Lepenies— no estaban vinculados solamente con el temperamento del príncipe de los aforismos sino que tenían sus fuentes también en causas polí-

ticas. La Rochefoucauld estaba ligado a la agrupación de aristócratas que se oponía al poder absoluto del cardenal Mazarino que gobernó Francia durante la minoría de edad de Luis XIV. Pero los opositores aristócratas perdieron y fueron aplastados también en el campo de batalla; y de ahí que la amargura de las máximas de La Rochefoucauld, extraordinariamente desconfiadas en cuanto a la naturaleza humana (“la hipocresía es el homenaje que rinde la maldad a la virtud”), tenían sus fuentes, al menos una de ellas, en la derrota prosaica sufrida en un mundo muy real. ¿Significa eso que cierto tipo de escepticismo agudo y penetrante tenía que estar ligado de alguna manera a las catástrofes políticas? ¿A la amargura de la derrota?

Le apasionaba Chamfort, aquel desafortunado autor de aforismos que se opuso primero a la monarquía y luego a la Revolución (era mucho menos arriesgado burlarse del *ancien régime*; Chamfort no sobrevivió a la revolución). Cuando conocí a Cioran (lo vi solamente una vez, lo visité en su vivienda en el 21, rue de l’Odéon, en compañía de Susan Sontag, también ya fallecida, una escritora muy diferente de Cioran, aunque fue ella la que le introdujo en el mundo norteamericano) nos recomendaba con mucho ardor que leyésemos la biografía de Chamfort, recién publicada, obra de Claude Arnaud: aquella no fue una visita agradable él sentía miedo de la vejez y se quejaba de que ya no podía escribir y recuerdo que los dos tratamos de consolarlo dándole como ejemplo a Czeslaw Milosz, también nacido en 1911 y entonces, a fines de los años ochenta, en una excelente forma intelectual. Por otro lado era un ferviente admirador de los poetas alemanes, aunque al mismo tiempo se prohibía a sí mismo admirarlos —a nosotros también— repitiendo que la poesía había dejado de interesarle. Se repetía con demasiada frecuencia como para poder creerle.

El amor por España

Pero hay que añadir que esa geografía espiritual es aún más complicada: Cioran sentía también amor por España, por la España del honor, por la España caballerescas, apasionada y, otra vez más, mística. Y la patria de la nostalgia: “En España la nostalgia está en su casa. Existe una capa de reproches, de gemidos desgarradores, de lamentaciones cantadas y de lloros melódicos. Solamente en Hungría, entre los países europeos, se puede encontrar tanta nostalgia”.

En otro lugar dice: “He admirado a muchos pueblos que más tarde rechacé, pero jamás me pasó por la mente renunciar al sueño de ser un español”.

Y más aún: “Rusia y España, dos pueblos preñados por Dios. Para otros países es suficiente conocerlo, pero no lo llevan dentro de sí”.

Pero también escribió, en un su pequeño libro *Cahier de Salamanca*, publicado en el 2000 en París por *Mercur de France* que comprende apuntes sobre unas vacaciones pasadas en España, en Ibiza:

“Siempre adoré lo que me faltaba. Mi amor por Alemania. Con desconfianza observaba a aquellos que eran parecidos a mí. Amo la inocencia, la fuerza, el honor, el espíritu caballeresco y no soporto la febrilidad, la hipocresía, la flexibilidad excesiva, etc., es decir, esos defectos que conozco también desde dentro”.

Un invento moderno

El diario íntimo es un invento de los escritores modernos. Nunca encontraremos un diario similar de Homero, Dante o Shakespeare. Ellos en sus obras llenas de inspiración describían la vida, una vida llena de experiencias aportadas por la lucha, por el sufrimiento y el sentimiento de dignidad, por los lutos y las alegrías. Mientras tanto, el escritor moderno, también trabaja en su obra, porque no se puede hacer de otra manera, pero lo hace de otra forma, como si confiase en los lectores, y por eso los agarra de la mano y los conduce hasta los sitios

más personales de sus despachos para enseñarnos su ropa interior sucia, un mantel manchado en la mesa, con manchas de vino tinto, un vaso roto, el borrador de una confesión de amor o las actas sacadas de un archivo policial. Él quiere que nosotros sepamos como es él cuando no escribe, qué es lo que piensa cuando no escribe, qué es lo que lee cuando no está en condiciones de concentrarse; y a nosotros, los lectores, todo eso nos gusta mucho. No existirían los diarios de los escritores si no existiese nuestra curiosidad.

Ahora bien, Cioran es un poco distinto, porque es un autor sumamente discreto y en sus obras no veremos ni la ropa interior ni una carta de amor. En los *Cuadernos* no hay ni una sola palabra sobre los asuntos íntimos del autor. Lo único que conseguimos conocer a través de su obra es al filósofo y sus estados de ánimo, muy susceptibles a los cambios, pero no sus sentimientos. Tampoco encontraremos a sus seres más cercanos. Solo podemos suponer que S. es Simone Boué, su compañera, que fue la que preparó para la publicación el diario de Cioran y murió trágicamente —se ahogó— cuando concluyó ese trabajo. Otras personas aparecen con muy poca frecuencia. A veces solo conseguimos discernir, como si lo estuviésemos viendo todo iluminado con la llama de una cerilla, a Eugéne Ionesco, a Samuel Beckett, a Paul Celan o a Jozef Czapski (apuntó: “Czapski es hombre encantador”). También podemos ver, esta vez con la luz del relámpago, al autor, un hombre nervioso que forcejea con su propio temperamento, que sueña con la indiferencia de los budistas pero que no está en condiciones de vivir ni un solo día de manera apacible (él mismo con frecuencia recuerda los escándalos que protagonizaba en las oficinas de correos o en las tiendas, los reproches y las ideas llenas de maldad que le atormentaban con frecuencia); a un hombre que sueña con la sole-

dad pero que lleva una vida bastante mundana, porque constantemente se reúne para cenar con los mismos literatos parisinos por los que manifiesta sentir desprecio en las páginas de su diario. Vemos también a un ser carente totalmente del sentido práctico que vive en las esferas de la espiritualidad, a un intelectual que, por culpa de las confusiones, se vio enredado en la política y formuló frases agresivas que el mundo, totalmente indiferente ante la problemática espiritual pero muy sensible allí donde se intuyen escándalos con motivos policiales y de escándalos políticos —el mundo lee solamente novelas policiales, porque la poesía no le interesa—, nunca le perdonó.

Vemos a un escritor muy brillante, de grandes conocimientos, que no se sometió a las modas intelectuales de sus tiempos; a un escritor soberano en el sentido intelectual, como lo eran pocos de su generación, que desenterraba libros olvidados, que vivía los asuntos del espíritu con máxima seriedad pero que era también un escritor herido por el terrible periodo de entreguerras, que se sentía culpable por su juventud, sentimiento que le atormenta hasta el punto de que elaboró para sí un programa gigantesco para el cambio de la identidad, en particular, para su reeducación. Cansado por el rigor que él mismo se impuso se dedicó a elogiar todo aquello que lo alejaba de la corriente principal de su época, elogió también —no siempre de manera sincera— el suicidio, la desgracia, la soledad, la derrota, el anonimato (aunque no renunciará a hacer esfuerzos para promover sus libros), el escepticismo, el silencio y la clausura conventual. La derrota es mejor que el triunfo. Los triunfos siempre son vulgares. Pero Cioran fue un escritor que triunfó. La abdicación de Carlos V, su retirada al monasterio de Yuste, interesaron a Cioran —en tanto que una injerencia repentina del silencio místico en la biografía del em-

perador— mientras que no le interesó la actividad política anterior del personaje. Le interesó Napoleón pero solamente como prisionero en la isla de Santa Elena, cuando analizaba con melancolía su ya inexistente grandeza. Los *Cuadernos* son un gran himno cantado a la decadencia, a la impotencia en la vida, pero ese himno no siempre convence al propio autor. También la emperatriz Isabel, conocida por los aficionados al cine con el nombre de Sissi, interesó mucho a Cioran. En su muerte absurda en Ginebra, de manos de un anarquista, veía el emblema de la pobreza de la vida.

A Jozef Czapski le encantaba contar anécdotas sobre Cioran. Cierta vez vino a hablar con una mujer para preguntarle cómo se debía vivir. Cioran, fiel a su programa le respondió que la única salvación que había era el suicidio (a pesar de que en uno de sus aforismos —lo solía citar con mucho amor Brodski— escribió: “¿Qué sentido tiene quitarse la vida? Ya es demasiado tarde”). La joven mujer se marchó, pero varias horas después le telefoneó al sabio rumano y le dijo que ya está pensando muy en serio en el suicidio. Cioran se sorprendió y le preguntó por qué y le dijo que estaba comiendo chocolate y que no merecía la pena darse demasiada prisa. En el mismo Cioran, en su personalidad hay un alguien que come chocolate con mucho gusto y otro alguien que piensa en el suicidio pero no se da demasiada prisa y lo deja siempre para pasado mañana. Es ese alguien que, cuando ve en un tren a una muchacha muy bella, trata de imaginársela después de muerta para no ceder ante su encanto.

Cioran no era el único que sentía profundamente la música de Bach. Hay muchos que dejaron constancia de sus grandes vivencias (pero sólo Colette, citada por Cioran, definió a Bach como “una máquina de coser inspirada”) Por ejemplo, el novelista Julien Green, en su dia-

rio (sus fragmentos fueron traducidos al polaco por Julian Rogozinski), apuntó las siguientes palabras:

“Escuchando la cantata número 32 de Bach comprendí cuán cerca está de nosotros su invisible persona si no la rechazamos. Cuando por primera vez oí esa cantata en 1932 me sentí tan confundido que sentí que debía cambiar toda mi vida. Pero estaba escrito que siguiese entre los hombres. No estoy en condiciones de expresar el enorme papel desempeñado por Bach en mi vida. Es él quien me ha reconciliado con la idea de la muerte”.

Se ve con claridad la diferencia existente entre dos diaristas. Aquello que fue para Green el punto de partida, “el cambio de toda la vida”, un cambio ya nunca después sometido a revisión, para Cioran, mucho más caprichoso, era solo la causa de una conmoción que provocaba un cambio en el estado de ánimo que duraba apenas unas horas, a veces medio día. La extrema inestabilidad de las convicciones del escritor rumano que deambulaba por las bibliotecas y librerías parisinas en búsqueda de un nuevo descubrimiento, de un nuevo libro, de una nueva idea, de un nuevo impulso, de un nuevo místico, es la cara opuesta de su curiosidad intelectual nunca saciada. Cioran carecía de convicciones; la curiosidad reemplazó en él las opiniones o, mejor dicho, una singular combinación de la curiosidad insaciable con un escepticismo también insaciable.

Un emigrante escéptico

Cioran, un emigrante escéptico. A veces pienso que los emigrantes son los hombres más felices. Ocultan eficazmente su dicha escribiendo poesías, ensayos, novelas y aforismos en los que se quejan de su vida errante. Y es que sienten predilección por las quejas sobre las incomodidades de la emigración: ese es un elemento del *decorum* de la emigración. Sufren duros ataques de nostalgia, recuerdan los momentos de su despreocupada infancia, los Cárpatos cubiertos por la nieve, el repicar de las

campanas los domingos, las comidas en días festivos en la casa de los padres y los fresnos mecidos por el viento. Es evidente que todos los hombres, no solamente los emigrantes, pierden su infancia, pero solamente los emigrantes se quejan de haber sido despojados de su niñez; todos ellos saben que son los culpables de que eso haya sucedido o el tiempo, lo cual es lo mismo. La emigración nos quita muchas cosas pero a cambio nos proporciona una gran justificación. En la emigración siempre podemos condenar a alguien, maldecirlo, culparlo; alguien que no es emigrante sólo puede tener reproches contra sí mismo. Y la famosa nostalgia de los emigrantes no es otra cosa que una forma de adquirir conocimientos, una forma fácil de realizar viajes al pasado, una poesía con envase prefabricado.

¿Han encontrado los emigrantes la fórmula para vivir solamente en breves espacios de tiempo despreciando la rutina de la existencia constante y la esterilidad de los largos y lluviosos días? No nos creamos esas cosas. No, pero gracias a que siempre son víctimas del destino, de un sistema malo, del ruin siglo xx, encuentra el sentido de la vida del que otros fueron despojados. Encuentran el sentido que buscan en vano los desafortunados que, como Emmanuel Kant, nunca abandonaron su ciudad natal. Los que no se marcharon tienen decenas de problemas mientras que los emigrantes solamente uno, aunque enorme. Los que se quedaron pueden soñar solo con la salida de su país, algo difícil o incluso imposible, mientras que los emigrantes sueñan con el retorno que en sus imaginaciones se presenta como algo idílico.

Los emigrantes huyen de muchos sufrimientos. Cioran no tuvo que observar a sus padres en ese viaje ineludible que conduce desde la edad madura —a través de las enfermedades— hasta la pérdida de la memoria y la muerte. No tuvo que ver cómo iban envejeciendo sus

amigos y como traicionaban sus ideales juveniles.

Sí, es verdad que los emigrantes también tienen que vivir al fin su propio envejecimiento, sus propias enfermedades (Cioran perdió la memoria en los últimos años de su vida), pero no se puede exigir lo imposible, no se puede emigrar de lo que es la vida. Los emigrantes tampoco están condenados a vivir la monotonía de la vida cotidiana de sus países de origen, en los que siempre se alternan las dictaduras y la corrupción. Mientras tanto, la corrupción del país en el que se han asentado no les importa nada o, mejor aún, les da aliento y refuerza su moral.

No tienen que maldecir a diario a los políticos de su país, por lo regular primitivos y codiciosos, y se quejan únicamente de los políticos de su nueva patria pero sin apasionamiento, porque en definitiva no les importan Pompidou ni Mitterrand. Pero de lo que se aprovechan es del bienestar y de la paz interna del Estado en el que consiguieron asentarse. No obstante, nunca —al menos eso sucedía con Cioran— se dan cuenta de ello.

Y no tienen por qué amar la ciudad en la que viven. Pueden odiarla un día y al otro sentir por ella mucho cariño, según se les antoje. Cioran solía estar encantado con París pero también solía despreciarlo.

Los emigrantes no conocen y no tienen por qué conocer la cultura de masas infinitamente trivial, generada en las tierras en las que nacieron. No tienen por qué escuchar las estúpidas letras de las canciones compuestas en sus lenguas maternas. Mientras tanto las canciones ejecutadas en la lengua del país en que viven les aburren y les dan asco pero por lo menos pueden decir: son ellos los que no tienen buen gusto, los franceses, los holandeses, los norteamericanos, los suecos (táchese lo que no sirva). Son personas ricas en cuanto a su espíritu porque siempre tienen en reserva su pa-

tria idealizada, la patria que perdieron, ese país siempre de gran belleza, no un país real con sus interminables problemas y líos.

Cioran, feliz, nunca volvió a Rumania. Perdió la memoria en París; pero cuando eso se produjo no se diferenciaba de otros ancianos afectados por la amnesia, ancianos que deambulan por las calles de ciudades extrañas llevados del brazo por alguien que les quiere. A Cioran solía acompañarle Simone.

Pero la emigración, para un pensador tan parecido a Proteo como nuestro héroe, también acarrea peligros. Las grandes e inacabadas batallas de Cioran, sus excelentes partidas intelectuales de damas, en las que los peones llevaban los nombres orgullosos de místicos y teólogos, compositores y poetas; aunque la utilización del término “peones” es incorrecta porque en su caso se trataba de algo mucho más importante, de unas lecturas profundamente vividas y de pensamientos muy significativos. Porque si hay algo de lo que no se puede acusar a Cioran es que fingiese su vida espiritual. Había una figura insegura, deformada, algo ciega y algo torcida: la patria Rumania, un país casi inexistente en el mundo de la cultura en los tiempos en los que surgieron los *Cuadernos*, sometido a la tiranía comunista y del clan de los Ceausescu, un país sombrío e indefinido. “Un pueblo infeliz y deshonesto...”, dijo de los rumanos. “Un pueblo en el que todo se transforma en su propia miniatura”. También se quejaba de Rumania en las conversaciones que mantenía y sentía desconfianza de sus compatriotas. Unas veces los eludía, otras los necesitaba (yo conocí a otro emigrante parisino que cambió su número de teléfono para evitar las visitas de sus compatriotas). Estoy convencido de que a la caprichosa y tambaleante personalidad de Cioran contribuía la debilidad de su patria; y no sólo se trata del episodio de antes de la guerra sino de algo más grande, del carácter anémico de Rumania, de su per-

fil espiritual débilmente dibujado, poco nítido. (y nosotros sabemos algo de esas cosas).

Rumania era para Cioran una carga, era un gran peso. Y es que otra cosa eran los Cárpatos de su infancia, recordados como se suele recordar el primer amor, y otra muy distinta el país real, lleno de cárceles e inmaduro, tanto en el sentido que daba a esa palabra Witold Gombrowicz como también en el sentido neutral que le dan los diccionarios. Cioran dijo: “El escritor auténtico es fiel a su lengua materna y no se dedica a hurgar en una u otras lenguas extranjeras. El secreto consiste en saber autolimitarse”.

Y, naturalmente, violó la regla que él mismo había concebido.

Aforismos y autorretrato

En los *Cuadernos* de Cioran nos fascina tanto el pensamiento, el aforismo, el descubrimiento intelectual como el retrato de la persona muy nerviosa, del autor —que se conoce muy bien— de dicho pensamiento. En cierto lugar Cioran apuntó: “C. me dijo que, con la forma de ser y los ataques de una rabia inútil, le recuerdo a Lir cuando dice ‘Haré algo terrible, pero no sé qué’”.

En otro lugar dice: “Es difícil imaginar a alguien con un ‘sentimentalismo’ más estúpido que el mío. Yo arrastro conmigo todos los defectos de Europa Central, como una dulce maldición que no quiero pero contra la que tampoco puedo luchar”.

El conocimiento intuitivo de Cioran es fenomenal. Merece la pena leer los *Cuadernos* porque contienen manifestaciones de una extraordinaria inteligencia y un estilo muy brillante. Pero no siempre vale la pena leerlos por la sabiduría que ofrecen. Y es que Cioran también dijo frases como la siguiente: “Es impensable escribir una carta de pésame, incluso cuando se es sincero. Es el género más falso. Es curioso que no haya sido prohibido con el consentimiento unánime”.

Al leer esa frase, en un primer momento, le damos la razón al autor —¿quién no ha conocido el embarazo hincado por Cioran?— pero luego empezamos a reflexionar si el escritor no se equivocó. Efectivamente, escribir una carta de pésame es muy difícil por muchas razones de sobra conocidas. Pero la reserva formulada por Cioran parece tener sus raíces en un defecto importante. Pido perdón por las palabras grandilocuentes que hoy con muy poca frecuencia aparecen con letra de molde y con más frecuencia en las conversaciones; pero allí donde hay amor siempre desaparecen los problemas con la redacción de las cartas de pésame o, por lo menos se reducen de manera significativa. Escribir del amor o de Eros es hoy algo muy delicado e, incluso, algo falto de tacto; y solamente los sacerdotes que hace ya tiempo perdieron el sentido de la vergüenza por sus palabras —en los seminarios— utilizan esos términos de manera impune, con la soltura que tienen los predicadores, todos los domingos al mediodía. Pero no se puede describir la fulgurante inteligencia que contiene el libro sin advertir que se mueve en otro mundo, en una realidad de la que desapareció Eros (y también el ágape). ¿Se puede imaginar cómo la pluma de Cioran escribe en un papel liso o cuadriculado la palabra amor? *L'amour*. Sería algo tan peligrosamente arriesgado que yo no pienso intentarlo. Muchas otras palabras llegan a él con facilidad; también las palabras difíciles y arriesgadas, las que causan el rechazo, la muerte, el suicidio, la descomposición del cuerpo. Sí, eso, todo eso es fácil. Pero la palabra amor es imposible. Como si su trasgresión juvenil hubiese desprestigiado no solamente el acto, no solo toda la actividad, sino también al propio Eros, evidente fuente de toda actividad.

Por otro lado no deberíamos ser demasiado severos, como el fiscal que carece de corazón y solo tiene ojos muy grandes. El

libro de Cioran probablemente, habría que leerlo con compasión. Esa constatación puede parecer paradójica ante un libro lleno de tan inteligentes observaciones como los *Cuadernos*. La inteligencia no necesita compasión, porque le basta la admiración. Ahora bien, las agudas observaciones de Cioran (incluso las citas, porque se trata también de una selección de magníficas citas, como *El libro de los amigos* de Hofmannsthal o *Los clavos de oro* de Jozef Czapaski), están forradas de sufrimiento. El insomnio, una de las maldiciones —el insomnio es el temor de una conciencia vacía— y el sufrimiento propio de los Prometeos, de la transfiguración constante de la máscara. Y otros dolores sentidos, cuyo origen y género el autor no nos quiso revelar. Le faltó el espacio a pesar de las mil páginas del libro. No es verdad tampoco que Eros esté ausente del libro de manera totalmente absoluta. Julien Green dijo en cierta ocasión que incluso podemos encontrar huellas de Eros en las manos unidas para rezar de los monjes. En la obra de Cioran no encontraremos manos unidas para la oración; pero pienso que en su caso las plegarias están reemplazadas por la curiosidad, por la gran e inextinguible curiosidad del escritor que unas veces, siendo puramente intelectual, le empuja a leer y a acudir a las bibliotecas y otras veces, con menos frecuencia, es una curiosidad común y corriente, “propia de la vida”, que le hace interesarse por la suerte de otras personas. La curiosidad es como una especie de oración dirigida a su propia persona. Pero en la curiosidad intelectual oímos el eco de la coqueta voz de Eros.

Estilo y observaciones

El lector vacila constantemente, porque el estilo escueto de Cioran lo seduce, le divierte y lo desorienta. El lector admira unas veces el extraordinario estilo y las magníficas observaciones pero se siente irritado con el carácter efímero de las propues-

tas del escritor. El lector piensa a veces: lamentablemente Cioran no es más que un literato. Teme que el estilista mató en Cioran al pensador. Por los *Cuadernos* no podemos enterarnos de cuál de los críticos lo definió en alguna ocasión como “beduino del pensamiento”. Es una definición estupenda porque los beduinos, como es sabido, van errantes por el desierto. Nos irrita que Cioran no quiera decirnos nada y que niegue lo que dice. Cultiva el género más brillante e irracional de la desesperación balcánica. Es verdad que no se deja arrastrar por ninguna de las modas intelectuales y pasa con los pies secos por los estados de ánimos parisinos, frívolos y vacilantes (por ejemplo, se burla de la grotesca época del estructuralismo, cuando todos se dedicaban a escribir solamente de la lengua) pero qué importa si no asume ningún riesgo, incluido el más insignificante. No dice nada, no adopta ninguna posición. “No estoy tan loco como para suponer o no suponer algo”. Carece de importancia el hecho de que a veces coincidamos con él y que con admiración le aplaudamos porque en la siguiente página nuevamente nos desilusiona. Y es que la siguiente página siempre descompone la anterior.

Pero, al mismo tiempo ¡cuántas observaciones espléndidas! Y otro apunte más: “La lectura del verso de Ajmatova: la traducción es mala pero eso no importa. Lo que cuenta es la respiración y la fuerza. Pienso, sobre todo, en los versos de los tiempos de Stalin que tienen la mayor carga de desesperación. Junto a ellos todas las búsquedas formales de la poesía francesa contemporánea me parecen cómicas e, incluso, grotescas”. Ya, pero él mismo, con su estupendo estilo, con sus búsquedas de *le mot juste*, ¿no es algo más cercano a las búsquedas formales de los franceses que a la dama de acero de la poesía rusa?

En la misma página otra nota: “El individuo, como el

pueblo, tiene valor solamente cuando es vencido (pienso en los judíos). Aquel que consigue triunfar en ese mismo instante deja de ser interesante”. ¿De verdad? Ese tipo de observaciones aparece con frecuencia en los *Cuadernos*. ¿No es el resentimiento el que habla por la pluma de nuestro diarista?

Nos irrita el narcisismo de Cioran. Sus dramas personales le ocultan el resto del mundo. La Guardia de Hierro y el insomnio, su temperamento propenso a los conflictos le ocultan los dramas auténticos que se producen en la realidad. Su tristeza es, con frecuencia, teatral. Su rechazo de la modernidad carece de constancia. No construye alternativas. No podemos pedirle a Cioran que sea consecuente; tampoco podemos esperar de él buenos consejos ni ayuda. El nos diría: “Soy yo el que necesita ayuda”.

¿Se trata de una actitud nihilista? Cioran, no cabe la menor duda, no fue un pensador religioso, un pensador positivo y constructivo. Pero no encaja demasiado bien la palabra “nihilismo”, esa palabra de la que se abusa en nuestro país, en mi país, un país de santurriones. Se impone otro término: el esnobismo de la desesperación. La desesperación radical rechaza todos los remedios pero antes tiene que probarlos y tienen que ser remedios comprados en una farmacia de lujo y, a ser posible, de origen extranjero. La medicina de Cioran era su gigantesca erudición conseguida, sin embargo, no como hacen los coleccionistas con sus colecciones, o los universitarios, sino de manera caótica y, por así decirlo, existencial. Entre paréntesis sea dicho, por el muy interesante libro de Gabriel Liiceanu, que menciona una sumamente extraña y super privada escuela de filosofía en Rumania, nos enteramos de que Constantin Noica, maestro de los jóvenes intelectuales, criticaba a Cioran porque solamente leía a escritores de segunda categoría y no como él hacía a Platón, Aristó-

teles, Hegel y Heidegger. ¡No exageremos, porque Séneca no era un escritor de segunda categoría! Tampoco lo era el maestro Eckhart. Pero lo que es importante es que, en las lecturas preferidas de Cioran, advertimos la tendencia a eludir a los gigantes de la filosofía (Noica decía: Cioran llegó a ser “solamente un autor de aforismos”).

Constantemente —soy consciente de ello— me dejo llevar por impulsos opuestos. Me irrita la falta de soluciones en las ideas de Cioran, la permanente repetición de los mismos motivos, el canto negro que elogia el fracaso y el suicidio: todo ello de manera bastante cómoda reconciliado con las citadas ideas. Pero con la misma frecuencia me siento hechizado por su decidida marcha hacia una manifestación de las ideas, libre de toda retórica empeñada en provocar peleas. Me hechiza su aversión por toda manifestación de haraganería mental, la fascinación que sentía por los pensamientos de las personas solitarias y la severidad que tenía consigo mismo. Cuando enumera sus contradicciones (“me gusta el campo pero vivo en una metrópoli; siento asco por el estilo que controla mis frases; soy un escéptico redomado pero leo ante todo a autores místicos...”) no puede no despertar simpatía. O cuando dijo de un joven poeta rumano: “Hay muy pocas personas que causan la impresión de que buscan la verdad, porque esa verdad para ellas existe. I. A. es una de esas mentes inusuales”.

Y yo siento que detrás de ese apunte hay algo muy importante, algo que también afecta al propio Cioran porque se siente directamente su necesidad de una profunda honestidad intelectual. ¿Por qué, entonces, no podemos concederle más confianza? ¿Por qué no podemos abrirnos más a sus ideas? Pues porque no hay ideas. Lo único que hay es un hombre que se defiende ante la aniquilación, un movimiento eterno, una marea de tristeza y curiosidad que

sube y baja. Y ese mismo movimiento, ese ritmo oceánico, es transferido también al lector que una vez admira el libro y otras lo rechaza, que unas veces se siente hechizado por el estilo del libro y la brillantez de las observaciones y en otros momentos lo rechaza.

¡Mil páginas para conocer a Emile Cioran, un emigrante rumano! Y como suele ocurrir con frecuencia, al terminar la lectura tampoco sabemos quién y como era. Hay un exceso de palabras, hay demasiada dialéctica refinada. Pero eso no significa que el libro no sea fascinante, que no presente el retrato de un hombre profundamente trágico, de un aficionado a los paseos nocturnos y a las lecturas singulares, a la música y a la mística, un intelectual que no se dio cuenta a tiempo (¿pero se le pueden hacer reproches por ese motivo?) que la época en la que le tocó vivir era demasiado brutal para tolerar las paradojas, para tolerar los brotes de pensamientos frívolos, demasiado gélida, demasiado fría, para que *les bon mots* no caigan directamente al suelo como agujas de hielo. No sabemos quién era Cioran y nunca lo sabremos, pero sabemos y estamos convencidos de ello que incluso los escritores más brillantes e ilustres a veces pueden equivocarse de manera dramática y hasta los últimos días de sus ajetreadas y laboriosas vidas, tener un pulso con los demonios de la propia juventud. Lamentablemente, todo parece indicar que vivimos solamente una vez. ■

Traducción de Jorge Ruiz Lardizábal.

Adam Zagajewski es poeta, novelista y ensayista polaco. Coeditor de la revista *Zeszyty literackie*. Autor de *En la belleza ajena*, *Dos ciudades* y *Antenas*.